

vía. Este hombrecillo rechoncho, de cabeza cuadrada, de pelo y barba enmarañados cual maleza, era, en el fondo, de una infinita dulzura amorosa.

De repente añadió, con su franqueza brutal, volviéndose á Lucas á quien afectaba tratar como á un camarada:

—Y vamos á ver, ¿eso de la felicidad de todos, parece que no marcha bien? Por lo visto no quieren ser felices en la forma que usted pide, esos imbéciles que consienten en encerrarse en su convento de usted.

Hablaba á lo socarrón; así embromaba á Lucas siempre que lo encontraba, con motivo de la tentativa de comunista fourierista de la Crecherie. Lucas no hizo más que sonreír y Lange añadió:

—Se me figura que antes de seis meses se vendrá usted con nosotros, con los anarquistas... Se lo repito una vez más, todo está podrido, no hay más que echar por tierra la vieja sociedad, á fuerza de bombas.

Bonnaire, que hasta entonces había callado, intervino de pronto:

—¡Oh, á fuerza de bombas, qué imbecilidad!

El colectivista puro, no estaba por los atentados, por la propaganda por el hecho, aunque creía en la necesidad de una revolución general y violenta.

—¿Cómo imbecilidad?—exclamó Lange ofendido. —¿Cree usted que si no se preparan los burgueses vuestra famosa *socialización* de los instrumentos del trabajo vendrá nunca? Lo imbecil es vuestro capitalismo disfrazado. Comenzad por destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Continuaron, en lucha la anarquía del uno con el colectivismo del otro, y Lucas ya no tuvo más remedio que oírlos. Tan lejos estaba Lange de Bonnaire, como éste de Lucas. Oyéndolos, se les hubiera creído por la aspereza y malignidad de la disputa

hombres de razas diferentes, enemigos seculares dispuestos á devorarse sin acuerdo posible. Y, sin embargo, la misma felicidad para todos los séres, se juntaban en el mismo objeto: la justicia, la paz, el trabajo reorganizado, dando el pan y la alegría á todos. ¡Pero qué furor todavía, qué odio agresivo, mortal en cuanto se trataba de entenderse acerca de los medios! A lo largo del camino tan arduo del progreso había, á cada alto, entre los hermanos en marcha, todos inflamados del mismo deseo de emancipación, batallas sangrientas por la simple cuestión de saber si se había de echar por la derecha ó por la izquierda.

—Y después de todo, cada cual es dueño de sí mismo,—acabó por declarar Lange.—Adormézcase usted si le place, camarada, en su nicho de burgués. Yo sé bien lo que debo hacer... Y la cosa marcha, marcha; los regalitos, las marmitas pequeñas que iremos á depositar el mejor día en casa del sub-Prefecto, del alcalde, del presidente, del cura, ¿no es así, Descalza? Famosa excursión. ¡Je! ¡je! ¡La tal mañana! ¡con qué gusto empujaremos la carreta!

La arrogante buena moza había vuelto al umbral donde se destacaba soberana y escultórica entre las rojas arcillas del cercado. Otra vez brillaron sus ojos, sonrió como sierva que se ha entregado, dispuesta á seguir á su dueño hasta el crimen.

Está en el ajo, camarada,—añadió Lange con tono brusco y tierno.—Me ayuda.

Lucas y Bonnaire se fueron, no enfadados, aunque no se entendían. Y caminaron un rato en silencio. Luego el obrero sintió necesidad de volver á sus argumentos de probar una vez más que no había salvación posible fuera de la fe colectivista. Condenaba á los anarquistas como á los fourieristas; á éstos, porque no se apoderaban inmediatamente del capital, á los otros porque lo suprimían violentamente. Y Lucas pensaba otra vez que la reconciliación no era po-

sible más que en la ciudad fundada al fin, cuando todas las sectas se aplacaran ante el sueño común realizado. Ya no habría disputas sobre el mejor camino, se habría llegado al fin deseado por todos y la paz fraternal reinaría. ¡Pero qué inmortal inquietud le causaba el largo camino que aún se había de recorrer, y qué temor tenía de ver á los hermanos devorarse unos á otros en su marcha!

Lucas volvió á su casa muy triste por estos continuos choques, obstáculos todos para su empresa. En cuanto dos hombres querían hacer algo, ya no se entendían. Después, en cuanto estuvo solo se le escapó aquel grito que sin cesar henchía su corazón.

— ¡Si es que no aman; si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

También Morfain le daba qué pensar. En vano había querido civilizarle un poco haciéndole abandonar su agujero de roca para bajar á vivir en una de las casitas claras de la Crecherie. El maestro fundidor siempre se había negado con obstinación con el pretexto de que allá arriba estaba más cerca de su trabajo, siempre alerta. Lucas se entregaba á él completamente, le dejaba dirigir el horno alto que funcionaba á la antigua, esperando las baterías de los hornos eléctricos, el empeño que seguía Jordán sin cansarse nunca. Pero la causa verdadera de la obstinación de Morfain en no bajar á vivir entre los hombres que poblaban la ciudad nueva era el desdén, casi odio que le inspiraban. El, el Vulcano de los tiempos primitivos, el conquistador del fuego, el obrero aplastado después por la larga esclavitud, dando su esfuerzo como héroe resignado, acabando por amar la sombría grandeza del presidio á que el destino le humillaba, irritábase ante esta fábrica cuyos obreros iban á ser señores, avaros de sus brazos, reemplazados por máquinas que niños guiarían pronto. Aquello le parecía pequeño, miserable; aquel afán de sufrir lo menos

posible, de no batirse más con el fuego y el hierro. No comprendía siquiera; se encogía de hombros, sin una palabra en los largos silencios que guardaba durante días enteros. Y muy solo, muy orgulloso seguía al costado de su montaña, reinando sobre el horno alto, dominando la fábrica, que cuatro veces cada veinticuatro horas coronaban de llamas las sangrías brillantes.

Otro motivo además causaba el enfado de Morfain contra estos tiempos nuevos de que no quería saber, cuyo soplo ni siquiera había rozado su ruda piel curtida por el trabajo, y ahora el corazón de este taciturno tuvo que sangrar horriblemente. Su hija Azulina, cuyos ojos eran el azul de su cielo, aquella hermosa y arrogante criatura, ama de su casa querida, desde la muerte de la madre, se vió en cinta. Morfain se irritó, después perdonó, pues se decía que alguna vez había de casarse. Pero ya no hubo perdón cuando ella le confesó el nombre del amante, el hijo del alcalde. Hace años que duraban las relaciones; se encontraban en los senderos de los Montes Bleuses, pasaban horas y horas en lechos olorosos de tomillo y alhucema bajo la libre brisa de las noches estrelladas. Aquiles, rompiendo con su familia, señorito á quien su burguesía aburría y disgustaba, había rogado á Lucas que le ajustara en la Crecherie, donde era dibujante. Rompía todos los lazos, amaba donde y como quería, resuelto á trabajar por la mujer escogida libremente, evolucionando como hijo conquistado de la antigua sociedad condenada, que va hacia la edad nueva. Y esto era lo que angustiaba á Morfain, hasta el punto de hacerle arrojar de casa á su Azulina, como á una perdida. Se había dejado seducir por un señorito, no había en su casa más que rebeldía y obra del diablo. Todo el antiguo edificio se hundía, ya que una hija tan buena y tan hermosa había removido también

una de sus armaduras, escuchando, tal vez pescando al hijo del alcalde.

Después, como Azulina, puesta en la calle, se había refugiado naturalmente en casa de Aquiles, tuvo Lucas que intervenir. La pareja no pensaba en casarse. ¿Para qué? Estaban bien seguros de amarse y de no separarse jamás. Para casarse hubiera necesitado Aquiles entenderse judicialmente con su padre y esto le parecía una complicación y una molestia inútil. En vano insistió Sœurette con la idea de que la moral, por la reputación de la Crecherie, exigía todavía el matrimonio legal. Lucas llegó á obtener que cerrase los ojos, porque comprendía que con las generaciones nuevas poco á poco habría que aceptar la unión libre.

Pero Morfain no aceptaba tan fácilmente la situación, y Lucas tuvo que ir una tarde á convencerle. Desde que había expulsado á su hija el maestro fundidor vivía solo con su hijo Petit-Da y entre los dos arreglaban la casa y cocinaban, en su agujero abierto en la peña. Aquella noche acababan de comer una sopa y seguían sentados sobre taburetes delante de tosca mesa de encina que habían construido ellos mismos á hachazos; la pobre lámpara que los alumbraba proyectaba sobre la piedra ahumada de las paredes sus sombras de colosos.

—Sin embargo, padre,—decía Petit-Da,—el mundo marcha, no se puede seguir inmóvil.

De un puñetazo, Morfain hizo temblar la pesada mesa.

—Yo he vivido como vivió mi padre, y vuestro deber sería vivir como yo vivo.

Por lo común estos dos hombres no cambiaban cuatro palabras en todo el día. Pero hacía algún tiempo que en medio de ambos iba creciendo cierta discordia, malestar que querían impedir; pero á veces estallaban disputas. El hijo sabía leer, escribir, se había ido in-

teresando más y más por la evolución que llevaba su aliento hasta lo más hondo de las hoces de la montaña. Y el padre en su gloriosa terquedad de no ser más que un sólido obrero, cuyo esfuerzo bastaba para domar el fuego y conquistar el hierro, se enfurecía al ver que su raza se bastardeaba con toda aquella licencia y aquellas ideas inútiles.

—Si tu hermana no hubiera leído libros ni se hubiera ocupado con lo que pasaba por allá abajo, todavía estaría con nosotros... ¡Oh! la ciudad nueva, esa ciudad maldita que nos la ha quitado!

Esta vez su puño no cayó sobre la mesa, se tendió, por la puerta abierta, en la noche negra, hacia la Crecherie cuyas luces brillaban como estrellas en el fondo de la pendiente de peñascos.

Petit-Da no replicó, respetuoso, turbada sin embargo la conciencia, pues sabía que su padre estaba disgustado con él desde el día en que le había encontrado con Honorina, la hija del tabernero Caffiaux. Honorina, pequeña, morena, de tipo fino, de rostro alegre y despierto, se había enamorado de aquel gigante tan suave, que también la encontraba encantadora. En la discusión de aquella noche entre el padre y el hijo, en el fondo se trataba de Honorina, así que el ataque directo que el último esperaba llegó por fin.

—Y tú,—preguntó bruscamente Morfain,—¿cuándo vas á abandonarme?

Esta idea de separación pareció trastornar á Petit-Da.

—¿Pero, por qué he de abandonarte yo?

—¡Oh! cuando hay una muchacha por medio, sólo puede resultar la ruina de todo, entre riñas... Y vaya una cosa que has ido á escoger. ¿Piensas que van á querer dártela; son razonables matrimonios semejantes, que confunden las clases, el mundo al revés, el acabóse?... He vivido demasiado.

Con suavidad, con dulzura, el hijo se esforzó por

apacar al padre. No renegaba de su amor por Honorina, pero hablaba de él como joven razonable, decidido á tener paciencia y esperar mientras fuera preciso. Más tarde se vería. ¿Qué mal había en que se hablasen con cariño, cuando se encontraban, aquella joven y él? Si no eran de la misma esfera, eso no impedía que pudieran gustarse, y aunque las clases se mezclaran un poco, ¿no traería esto la ventaja de conocerse y quererse más?

Pero, rebosando cólera y amargura, Morfain, se levantó de repente, y con un grande ademán trágico, bajo el techo de roca que tocaba casi con la frente, exclamó:

—¡Vete, vete cuando quieras!... Haz lo que tu hermana; escupe á todo lo que es respetable, pierde la vergüenza, arrójate á la locura. Ya no sois mis hijos, ya no os conozco, alguien os ha cambiado... ¡Que me dejen solo en este agujero salvaje, y que las mismas rocas acaben por desplomarse y aplastarme!

Lucas había oído, al llegar al umbral, estas palabras últimas, y se detuvo. Le impresionaron mucho, porque estimaba muy de veras á Morfain. Mucho tiempo estuvo procurando convencerle. Pero, en cuanto entró el amo, el obrero se tragó su pena para no ser más que el obrero, el subordinado sumiso entregado á su oficio. No se permitía siquiera juzgar á Lucas, causa primera de estas abominaciones, que trastornaban al país y que á él le hacían padecer. Los patronos seguían siendo dueños de obrar á su antojo; á los obreros les tocaba ser honrados y cumplir con su trabajo, como los antepasados habían hecho.

—No haga usted caso, señor Lucas; es que yo tengo mis ideas, y me enfado si me contradicen. Esto pasa de raro en raro; ya sabe usted que hablo poco... Y puede usted estar seguro, esto no perjudica al trabajo; siempre estoy ojo avizor; no se hace una sangría

sin que yo esté presente... Cuando hay penas se trabaja de firme, ¿verdad?

Procuró Lucas poner paz en aquella familia, deshecha por la reforma de que él era apóstol; pero Morfain estuvo á punto de irritarse otra vez.

—No, no, basta; ¡que me dejen en paz!... Si ha venido usted para hablarme de Azulina, ha hecho usted mal, señor Lucas; porque es el medio más seguro para empeorar las cosas. ¡Que se esté ella en su casa, como yo estoy en la mía!

Y queriendo romper la conversación, pasó de repente á otra cosa, dando una mala noticia que entraba por mucho en su honor endiablado.

—Puede que hubiera ido ahora mismo á decirle que he estado esta mañana en la mina, y que la esperanza de encontrar el filón de mineral rico se ha vuelto á perder... Y con todo, hubiera jurado que se encontraría infaliblemente en el fondo de la galería que había indicado... Pero, ¡qué quiere usted! nos persigue la mala suerte en todo lo que emprendemos de algún tiempo á esta parte; nada sale bien.

Estas palabras resonaron para Lucas, como si tocaran á muerto por sus grandes esperanzas. Siguió un rato hablando con el padre y el hijo, los dos colosos. Morfain le desesperaba, como último testigo de un mundo desaparecido; con su cabeza enorme y su ancha frente agrietada y envejecida por el fuego. Sus ojos de llama, su boca torturada de un rojo leonado de quemadura. Y se fué, bajó agobiado por una tristeza más amarga, preguntándose sobre qué montón de ruinas gigantescas, aumentadas sin cesar, tendría que fundar su pueblo.

En la misma Crecherie, en la intimidad tan apacible, tan suave de Seurette, encontraba Lucas causas de desaliento. Continuaba la joven recibiendo á Marle el cura, al profesor Hermeline y á Novarre, el médico; y tan contenta se mostraba, viendo concu-

rir á su almuerzo en tales días á su amigo Lucas, que éste no se atrevía á rehusar la invitación, á pesar del vago malestar que le producían las continuas disputas del maestro y del clérigo. Tranquila el alma, Sœurette no padecía con ellas, y creía que á él le interesaban, en tanto que Jordán, envuelto en sus mantas, meditando absorto algún experimento comenzado, parecía escuchar con vaga sonrisa.

Cierto martes, la disputa fué muy fuerte al acabar el almuerzo. Hermeline la había tomado con Lucas, por causa de la instrucción que se daba á los niños en la Crecherie, en cinco clases mixtas, cortadas por largas horas de recreo, y otras empleadas en los talleres de aprendizaje. Esta escuela nueva, en que se seguía un método diametralmente opuesto al suyo, le había quitado discípulos, y esto no lo perdonaba. Su rostro anguloso, de frente menuda, de labios delgados, palidecía de comprimida cólera á la idea de que se pudiera creer en otra verdad que la suya.

—Podría pasar por eso de los chicos y las chicas en montón, aunque no me parece muy decente. Los muchachos ya tienen bastantes instintos malos, diabólicas fantasías, cuando se separa los sexos, sin que se vaya á concebir la extraordinaria idea de reunirlos para excitarlos y corromperlos más juntándolos. Debe de ser gracioso lo que pasa por los rincones, en cuanto se les vuelve la espalda... Pero lo que es de todo punto inaceptable, es la autoridad del maestro destruída, la disciplina reducida á nada, desde el momento en que se invoca la personalidad de esos chiquillos y se les deja dirigirse á sí mismo á su antojo. ¿No me ha dicho usted que cada alumno sigue su inclinación, se consagra al estudio que le place, con libertad de discutir su lección? A eso le llamáis suscitador energías... Y luego, ¿qué estudios son esos en que todo se vuelve jugar, en que los libros se despre-

cian, en que la palabra del maestro no es infalible, en que el tiempo que no se pasa en el jardín se pasa en los talleres, cepillando madera ó limando hierro? Cierto que es bueno aprender un oficio manual, pero hay tiempo para todo, y lo primero es hacer entrar en la dura mollera de esos holgazanes, á mazo, toda la gramática y todo el cálculo que se pueda!

Lucas había dejado de discutir, cansado de chocar con aquella intransigencia de sectario, de católico á contrapelo, que había decretado el dogma del progreso, del que no quería salir. Así que, no hizo más que responder tranquilamente:

—Sí, creemos que es necesario dar atractivo al trabajo, cambiar los estudios clásicos en continuas lecciones de cosas; y nuestro objeto es formar, ante todo, voluntades, hombres!

Al oír esto, gritó Hermeline.

—¡Muy bien! ¿Y sabéis lo que haréis con eso? Rebeldes, vagos, perdidos. No hay más que un medio de dar al Estado ciudadanos, y es fabricarlos expreso para él, tal como los necesita para ser fuerte y glorioso. De ahí la necesidad de una instrucción disciplinada, idéntica, que le prepare al país, siguiendo programas que se reconozcan como los mejores, los obreros, los hombres de profesión, los funcionarios que necesita. Fuera de la autoridad, no hay seguridad posible... Yo soy hombre bien probado, republicano de la vispera, librepensador y ateo. Supongo que á nadie se le ocurrirá ver en mí un espíritu retrógrado; y sin embargo, vuestra educación é instrucción libertarias, como se dicen, me sacan de mis casillas, porque en ellas, antes de medio siglo, no habrá ciudadanos, ni soldados, ni *nacionales*... Sí, con vuestros hombres libres, os desafío á que hagáis soldados. ¿Y cómo se defendería la patria en caso de guerra?

—Sin duda, en caso de guerra, habría que defenderla,—dijo Lucas tranquilo.—Pero algún día, ¿á

qué vendrán los soldados, si no habrá que batirse? Habla usted como el capitán Jollivet en el «Diario de Beauclair», cuando nos acusa de hombres sin patria y de traidores.

Esta ironía, poco maliciosa, acabó de exasperar á Hermeline.

—El capitán Jollivet es un imbécil á quien yo desprecio... Pero no es menos cierto que nos prepararás una generación desordenada, en rebeldía contra el Estado y que llevaría seguramente la República á las mayores catástrofes.

—Toda la libertad, toda la verdad, toda la justicia son catástrofes,—dijo Lucas sonriendo.

Pero Hermeline continuaba, trazando un cuadro espantoso de la sociedad del mañana; si las escuelas dejaban de instruir á todos los ciudadanos del mismo modo, todos fabricados para el servicio de su República autoritaria y centralizadora, no más disciplina política, ni administración posible, ni estado soberano; la licencia desordenada llegaría al peor desenfreno físico y moral. Y de repente, el cura, Marle, que oía aprobando con la cabeza, no pudo resistir más al deseo de exclamar:

—¡Ah! ¡qué razón tiene usted, y qué bien dicho está todo eso!

Su rostro carilleno, de facciones regulares, de nariz aguileña, se mostraba radiante oyendo aquel ataque furioso contra la sociedad naciente, en la que sentía á su Dios condenado, cerca ya de no ser más que el ídolo de una religión muerta. El mismo, en sus pláticas de cada domingo, hacía iguales acusaciones, profetizaba iguales desastres. Pero apenas se le oía, el templo se le quedaba de día en día vacío, y esto le causaba un gran dolor, que escondía, encerrándose más y más, por todo consuelo, en su estrecha doctrina. Nunca se había aferrado más á la letra ni tratado con más severidad á sus penitentes, como si quisiera que

aquel mundo burgués, cuya podredumbre cubría con el manto de la religión, se lo tragase, al menos, la tierra en actitud bizarra. El día que su iglesia se desplomase, estaría en el altar, y acabaría bajo los escombros su última misa.

—Sí, es muy cierto; el reinado de Satán está cerca; esas jóvenes y esos muchachos educados en común, todas las malas pasiones desencadenadas, la autoridad destruída, el reino de Dios puesto sobre la tierra, como en tiempo de los paganos... El cuadro que acaba usted de presentar es tan exacto, que nada más fuerte podría yo añadir.

No le gustó al maestro verse tan alabado por el clérigo, con el cual nunca estaba conforme, y se calló de repente mirando á lo lejos, á las praderas del parque, como si nada oyese.

—Pero hay algo,—prosiguió el cura,— que aun puedo perdonar menos que esa instrucción desmoralizadora que se da aquí en vuestras escuelas; y es el que hayáis puesto á Dios á la puerta de la calle; que hayáis olvidado con toda intención edificar una iglesia en medio de vuestra nueva ciudad, entre tantas construcciones bellas y útiles... ¿Es que pretendéis vivir sin Dios? Hasta hoy ningún Estado ha podido prescindir de El; una religión siempre ha sido necesaria para gobernar á los hombres.

—Yo no pretendo nada,—respondió Lucas.—Cada cual es libre en su fe, y si no se ha construído una iglesia, es que ninguno de nosotros hasta ahora la ha necesitado. Pero se puede edificar una en el caso en que se encuentren fieles para llenarla. Siempre será lícito á un grupo de ciudadanos reunirse para darse el gusto de hacer lo que quieran. En cuanto á la necesidad de una religión, es, en efecto, muy real cuando se quiere gobernar á los hombres. Pero nosotros

no queremos gobernarlos, sino que vivan libres en la ciudad libre... Usted lo ve, señor cura; no somos nosotros quien destruye el catolicismo; se destruye él mismo, se muere de muerte natural, como se mueren sucesivamente las religiones después de haber cumplido su misión histórica, en la hora señalada por la evolución humana. La ciencia destruye uno á uno todos los dogmas; la religión de la humanidad ha nacido y va á conquistar el mundo. ¿Para qué una iglesia católica en la Crecherie, si la de usted es ya demasiado grande para Beauclair; y se le va quedando desierta, y el mejor día se hunde?

Muy pálido el clérigo, no comprendió, no quiso comprender. Se contentó con repetir, con la terquedad del creyente, que pone su fuerza en la afirmación, sin razones ni pruebas:

—Si Dios no está con ustedes, la derrota es segura. Créame, edifiquen una iglesia.

Hermeline no pudo contenerse más. Los elogios del sacerdote le sofocaban, sobre todo con esta consecuencia de la necesidad de una religión, y gritó:

—¡Ah, no; ah, no, señor cura; nada de iglesia! No oculto, verdad es, que las cosas aquí no se organizan á mi gusto. Pero, si algo apruebo, es el abandono de todo culto oficial... Gobernar á los hombres, sí; pero no han de ser los curas desde las iglesias, sino nosotros, los ciudadanos, desde los ayuntamientos. De las iglesias se harán graneros públicos, granjas para las cosechas.

El cura se incomodó, dijo que en su presencia no toleraría palabras sacrilegas, y la disputa se agrió tanto, que el doctor Novarre tuvo que intervenir como de costumbre. Hasta entonces había oído tranquilo con aire inteligente, ojos vivos como hombre muy amable y un poco escéptico á quien no turbaban palabras más ó menos, por fuertes que fueran. Pero creyó notar que Scœurette empezaba á disgustarse.

—Vaya, vaya, si casi están ustedes de acuerdo, pues ambos utilizan las iglesias. El cura siempre podrá decir misa en ellas, dejando un rincón para los frutos de la tierra los años de mucha abundancia... Dios bondadoso, de cualquiera religión que sea, no se opondría.

Después habló de una rosa nueva muy blanca, muy pura, pintada de carmín en medio de su corola. Había traído un ramo de ellas y Scœurette las miraba, en un vaso sobre la mesa, sonriendo de nuevo al encanto florido y perfumado, pero todavía como cansada de la pena que le causaba la virulencia que tomaban las disputas en sus almuerzos de los martes. Acabarían por no poder reunirse.

Hasta entonces no salió Jordán de sus cavilaciones. No había dejando de parecer atento, como si oyera lo que se decía. Pero con una frase demostró cuán lejos estaba su espíritu.

—Sabrán ustedes que en América un sabio electricista acaba de almacenar bastante calor solar para producir electricidad.

Cuando Lucas quedó solo con los Jordán, callaron mucho rato; la idea de los pobres hombres que se desgarraban, se abrumaban unos á otros persiguiendo ciegos el bien, le oprimía el corazón. A la larga, al ver con qué trabajo se buscaba el bien común entre las rebeldías de los mismos á quienes se quería salvar, sentía á veces desalientos que no confesaba todavía, pero que le fatigaban miembros y espíritu como el cansancio de los grandes esfuerzos inútiles. Por un instante, su voluntad zozobraba próxima á sumergirse.

Aquel día volvió á su exclamación de congoja sentimental.

—Pero si es que no aman. Si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

Algunos días después, una mañana de otoño, muy temprano, Scurette recibió en medio del corazón un golpe horrible, cuyo dolor inesperado le causó profunda angustia. Madrugaba mucho y solía ir á dar órdenes á una vaquería que había hecho instalar para los niños de un asilo; y aquel día tuvo la idea, según caminaba á lo largo de la pared, en forma de terraza, que terminaba en el pabellón ocupado por Lucas, de echar una ojeada al camino de Combettes que dominaba la terraza. Y en aquel momento la puerta del pabellón que daba al camino se entreabrió apenas y vió salir con cautela á una mujer, una sombra ligera de mujer que se desvaneció casi al punto en la rosada niebla de la mañana. Pero la había reconocido; tan delicada, tan esbelta, de penetrante encanto, como una visión de infinita ternura huyendo en plena claridad. Era Josina que salía de casa de Lucas, y para salir así, con el sol, tenía que haber pasado dentro la noche.

Desde que Ragú había dejado la Crecherie, Josina había vuelto así varias veces al lado de Lucas, las noches que estaba libre. Esta vez había venido á decirle que no volvería, por el temor de ser sorprendida, porque había vecinas que espiaban sus escapatorias. Además, la idea de mentir, de ocultarse, para ser de su dios, acababa por ser tan penosa, que prefería esperar la hora en que pudiera declarar su amor á la luz del sol. Lucas, que había comprendido, se había resignado. Pero ¡qué noche de caricias, cortadas por la desesperación, y qué triste despedida á la primera luz del alba! Con besos sin fin, volvían el uno al otro, y habían cambiado tantos juramentos, que ya era día claro cuando había podido arrancarse de sus brazos. Y no más los vapores matinales habían velado un poco su partida.

¡Josina pasando la noche con Lucas, dejándole al

salir el sol! Esta brusca revelación retumbaba dentro de Scurette como un ruido de mortal catástrofe. Se había detenido de repente, clavada en su sitio, como si la tierra se hubiera abierto ante sus pasos. Estaba tan trastornada, tal ruido de tempestad se le subía al cerebro, que todo en ella era confusión, sin una sensación clara, sin un razonamiento posible. No siguió su camino, olvidó que iba á la vaquería á dar órdenes. De repente, huyó también, se volvió atrás corriendo, entró en casa, subió loca á su cuarto, se arrojó sobre la cama deshecha, tapándose con las manos ojos y oídos, para no ver, para no oír. No lloraba, no sabía por entonces, presa no más de una inmensa desolación mezclada de un espanto sin límites.

¿Por qué sufría así con toda el alma desgarrada? No se había creído más que amiga muy cariñosa de Lucas, discípula y ayudante suya, consagrada con ardor á la empresa de justicia y bien humano por él imaginada. A su lado no creía gozar más que la deliciosa dulzura de una fraternidad de alma sin haber sentido jamás todavía el roce de otro escalofrío. Y ahora se sentía abrasada, sacudida por ardiente fiebre, porque la imagen de aquella otra mujer que pasaba allí la noche, que salía al amanecer, era evocación en adelante necesaria, con tiranía abominable.

¿Amaba, pues, á Lucas, lo deseaba? y lo echaba de ver el día en que la desgracia estaba consumada, cuando era ya muy tarde para hacerse amar. Sí, aquello era el desastre, saber tan duramente que ella amaba también, cuando otra había ocupado el lugar, lanzándola del corazón donde acaso hubiera podido reinar adorada y todopoderosa. Lo demás desaparecía. No importaba cómo había nacido su amor, había crecido, y por qué lo había ignorado, inocente aún á los treinta años, feliz del todo hasta entonces con una dulce intimidad, con el aguijón de un deseo de pe-

sesión más estrecha. Lloró por fin, sollozó pensando en la brutalidad del hecho cumplido, en el brusco obstáculo que se levantaba ante ella y el hombre á quien se había dado toda, sin saberlo. Ya no había más que esto: ¿qué iba á hacer, cómo iba á hacerse amar? porque le parecía imposible no ser amada ya que amaba ella, y nunca dejaría de amar. Ahora que conocía su amor le quemaba el corazón; no podría vivir si el amor correspondido no la aplacaba como fresco bálsamo. Todo eran confusiones, luchaba con pensamientos indecisos, obscura la voluntad, como mujer ya madura, inocente aun, lanzada de repente á las torturas reales de la vida. Así estuvo martirizándose mucho tiempo, hundido el rostro en la almohada. Ya estaba alto el sol, la mañana avanzaba sin que ella encontrase una solución práctica en su emoción creciente. Siempre volvía la pregunta, que era obsesión: ¿qué iba á hacer para decir que amaba, para ser amada? De pronto se acordó de su hermano; en él debía confiar, á él confesarse, pues que él sólo en el mundo la conocía y sabía que su corazón no había mentido jamás. Era un hombre, la comprendería de seguro, la enseñaría lo que se hace cuando se tiene necesidad de ser feliz. En seguida, sin pensar más, saltó del lecho, y bajó al laboratorio como una niña que ha encontrado la solución de una gran pena.

Jordán, aquella mañana acababa de sufrir un descalabro desastroso. Hacía meses que había creído encontrado el modo de transportar la fuerza eléctrica en condiciones perfectas de seguridad y economía. Quemaba el carbón al salir del pozo, conducía la electricidad sin desperdiciar nada, lo cual bajaba el precio de fábrica de manera considerable. El problema le había costado cuatro años de investigaciones entre el dolor de los achaques de su cuerpo enfermizo; utilizaba lo mejor que podía la escasa salud, durmien-

do mucho, envuelto en sus mantas y ocupando con método las raras horas que conquistaba así á la naturaleza madrastra. Y llegaba, sacando el mejor partido posible del instrumento ingrato que tenía en su miserable cuerpo, á conseguir la formidable tarea cumplida. Se le ocultaba la crisis alarmante que atravesaba la Crecherie, para no turbarle. Creía que todo marchaba bien, y era además incapaz de notar tales cosas ni atender á ellas, encerrado siempre en su laboratorio, todo para su trabajo, lo único que existía en el mundo. Y aquella misma mañana se había puesto á trabajar temprano, sintiéndose con la inteligencia despejada, y queriendo aprovecharla en el último experimento. Y éste había fracasado por completo; tropezaba con un obstáculo imprevisto, error de cálculo, detalle despreciado que adquiría de pronto una importancia destructiva, que retrasaba indefinidamente la tan buscada solución de sus hornos eléctricos.

Era toda una ruina; ¡cuánto trabajo improductivo, todavía; todavía cuánto trabajo necesario! En medio de la ancha sala, como desolado, se había vuelto á envolver en sus mantas para tenderse en la butaca en que pasaba tantas horas, cuando su hermana entró. La vió tan pálida, tan alterada, que se alarmó vivamente, él que había asistido al fracaso de su experimento con la frente tranquila, como hombre á quien nada desalienta.

—¿Qué tienes, querida mía? ¿Te sientes mal?

La confidencia no le costó trabajo. Dijo sin vacilar, como pobre niña cuyo corazón se abría en un suspiro:

—Tengo, hermano mío, que amo á Lucas y que él no me ama. Soy muy desgraciada.

Y en tono sencillo y candoroso, contó toda la aventura: de donde había visto salir á Josina, el dolor